

Texto: La Creta minoica  
Destinatario: Portalmundos.com  
Autor: Santiago Algora

Para situar el periodo minoico, el de máximo esplendor de los palacios cretenses, debemos remontarnos al tiempo que transcurre entre el 2100 y el 1400 antes de Cristo. Justo el periodo anterior al esplendor de la civilización micénica.

Será la isla de Creta, en general, y los palacios de Knosos, Festos y Malia en particular en torno a los que se estructure esta civilización, la minoica de la que, como ocurrirá con Micenas, será la arqueología la gran aliada del historiador para poder conocerla aunque sea escasamente.

Si el descubridor del mundo micénico será el alemán H. Schliemann, en Creta será un inglés, sir Arthur Evans el primero que inicie las investigaciones sobre la isla tras descubrir unas extrañas inscripciones realizadas sobre piedras. Esto ocurre a finales del siglo XIX, en 1894. Las conclusiones de aquellas primeras investigaciones han sido matizadas con el tiempo pero, a pesar de ello, Creta y su cultura son otro de los grandes símbolos culturales del Mediterráneo y, desde luego, constituyen una de las grandes aportaciones a la civilización.

Una de las características del mundo minoico son sus palacios. Hoy en día hay cuatro de ellos ya descubiertos y excavados: Knosos, Festos, Malia y el último en identificarse, el de Zacro. Sin embargo, el periodo minoico como tal abarca un periodo anterior al de la vigencia de estos palacios, es lo que en terminología arqueológica se identifica y periodifica como el periodo minoico prepalacial. Los palacios de esta época fueron brutalmente destruidos y, a diferencia de los construidos en el periodo palacial propiamente dicho, eran mucho menos ricos y suntuosos.

Entre unos y otros existía un cierto parentesco. Se organizaban todos en torno a un patio central rectangular con explanadas enlosadas en las fachadas occidentales. Estas zonas estaban reservadas al público que acudía a los eventos organizados por el palacio. Algunos de estos palacios, como el de Knosos o el de Festos también tenían teatros con gradas y, en el de Malia, incluso, se han encontrado restos de lo que sería una plaza pública, de libre tránsito y acceso.

A diferencia de lo que ocurrirá con la urbanización micénica y con las construcciones de Oriente, los palacios minoicos no se encierran entre murallas ciclópeas lo que quizá da idea de una sociedad más segura.

Dentro de los palacios se han encontrado pinturas al fresco realizadas en colores muy vivos siempre de origen vegetal. Los temas de esas pinturas siempre guardan relación con la naturaleza, animales exóticos, animales marinos... y también con escenas de la vida cotidiana y palaciega.

En los almacenes han aparecido grandes cráteras cerámicas de más de dos metros de altura, conocidas con el nombre de *pithos* (*pithoi* en plural) que servían como zonas de despensa y de almacén de productos perecederos y no perecederos.

Las excavaciones de estos palacios han arrojado datos interesantes como, por ejemplo, la presencia de una cátedra de piedra en uno de los salones del palacio de Knosos. A esta sala se la ha dado en llamar salón del trono y, evidentemente, la pregunta se impone. ¿Quién regía los destinos de esta sociedad? ¿Era un rey?. Para unos lo era, para otros era un rey-sacerdote, para algunos sólo era un responsable administrativo y judicial y hay que pensar que sólo era un jefe religioso.

Lo cierto es que el palacio parece que sí servía para realizar ritos religiosos aunque hubiese otros lugares de culto fuera del recinto. De hecho uno de los hallazgos más interesantes de estos palacios lo constituyen las pequeñas figuritas de las diosas de las serpientes, de clara connotación religiosa.

La mitología también tiene su sitio en esta civilización. De hecho el amor de la reina de Creta, Pasífae, con el toro blanco que su marido, el rey Minos, se negó a sacrificar provocó el nacimiento de un monstruo que tenía el cuerpo de hombre y la cabeza de toro, conocido como el Minotauro. El horror que provocó este ser al rey hizo que éste mandara construir un palacio laberíntico donde encerró al monstruo al que se alimentaba de carne humana procedente de siete chicos y siete chicas atenienses que eran sacrificadas cada año para alimentar al Minotauro. Al final sería el héroe ático Teseo, quien ayudado por Ariadna, mataría al Minotauro.

Las ciudades minoicas estaban formadas por un trazado de calles sinuosas, con casas pequeñas de no más de dos habitaciones. Parece ser que habría una plaza pública a la que llegaban todas las calles de la ciudad. Se ha podido constatar que ya en la época prepalacial había cuidados diseños urbanísticos de estas ciudades y que en la época de los palacios se siguen las mismas estructuras de los periodos anteriores.

La población minoica se reparte entre el campo y la ciudad. En el primero vivía la población agraria dedicada, según las zonas, al cultivo de la algarroba, del guisante, la lenteja o al pastoreo de bóvidos y óvidos. También había pescadores y marineros que recorrían la parte central y oriental del Mediterráneo. En la ciudad, sobre todo, se asentarían los artesanos y comerciantes.

La minoica era una sociedad abierta al exterior. Fueron muy activos en los siglos XVI y XV. De hecho, se han encontrado restos de esta civilización en lugares tan distantes como la isla de Chipre, Siria, Egipto, Sicilia, el Próximo Oriente o las islas Cícladas.

Parece evidente que hubo una notable circulación de objetos y personas y, según algunos investigadores, la función principal de los palacios minoicos era, precisamente, controlar el tráfico marítimo del Mediterráneo. Esta presencia activa en el mar es lo que ha llevado a muchos estudiosos a hablar de la talasocracia minoica.